

291 A

216856

# ALMERIA

*EN EL*

*VII CENTENARIO*

*DE LA*

*MARINA ESPAÑOLA*



*Agosto MCMXLVIII*

R. 291 A

# ALMERIA

EN EL

VII CENTENARIO

DE LA

MARINA ESPAÑOLA



Agosto MCMXLVIII







N<sup>tra</sup>. SEÑORA MARIA DEL MAR

PATRONA DE ALMERIA

EN CVYAS FIESTAS CELEBRÓSE EN ESTA  
CIVDAD EL HOMENAJE A LA MARINA  
ESPAÑOLA.

AGOSTO MCMXLVIII.



## Centenario de la Marina Española

**E**L centenario de la Marina española coincide con el de la conquista de Sevilla por Fernando III, el 23 de noviembre de 1248. Día memorable en el que las naves recabadas por el Rey en el Cantábrico granjearon, al mando de Ramón Bonifaz, la primera victoria nacional de nuestra Marina, cortando la comunicación entre las dos orillas del Guadalquivir, derrotando a la escuadra sarracena y arreba-

tando Sevilla a los infieles. El Rey Santo premió el valor y la ciencia del burgalés nombrándole almirante. La Flota castellana tiene en esa hazaña y el astillero que Bonifaz construyó luego en el Guadalquivir, su fundamento y su gloria inicial. Como dice la «Crónica», el Rey le mandó «a que fuese a guisar naves e galeras a Vizcaya e la mayor flota que podiese e mejor guisada e que viniese con ella para Sevilla».

1248 y la conquista de Sevilla forman una columna militar y triunfal de nuestra Marina, y son la iniciación de su grandeza al servicio de España y su civilización. El hecho mismo de que se concentraran allí naves y galeras de diversas partes de la Península demuestra que la antigüedad de nuestras Marinas regionales e independientes es más remota. Don Jaime, que había creado en Barcelona un astillero, dictó en 1258 el primer Código marítimo español. El arzobispo Gelmírez dió batalla naval victoriosa a los piratas normandos, ingleses y escandinavos que, con nombre de cruzados, amenazaban en el siglo XII las costas gallegas, con sus propias naves bloqueó Bayona en 1.131 y contribuyó en 1.147 a la conquista de Almería. Mucho antes de 1248 había en España flotas aguerridas. Pero sólo a partir de 1248 la Marina española toma vuelos nacionales y obedece, en su desarrollo impetuoso, al destino universal y civilizador que había luego de flamear en América y en Lepanto.



# DOS FECHAS

## El Certamen Naval de 1900

**F**UE cómodo para los que liquidaron nuestras colonias, hacer responsables de ello a los marinos de la Escuadra Española, héroes de auténtico españolismo que rubricaron su gesta tintando en sangre las aguas traicioneras del mar Caribe. Una falaz propaganda envenenó al pueblo. Los nombres ilustres de Cervera, Concas, Eulate, Villaamil, Lazaga y tantos otros, rodaron torpemente por el lodo de lenguas ignorantes... ¿Es que no había nadie capaz de iniciar el desagravio? ¿Nadie era capaz de poner de relieve el heroísmo y la abnegación que informaban la secular institución de la Marina Española?

Almería, precisamente, fué la provincia española que se constituyó en paladín. De plumas tan vibrantes como la de don Joaquín López Pérez, salieron los encendidos comentarios del libro de

don Víctor M. Concas, «La Escuadra de Cervera» que habían de proclamar en toda Europa—el «Figaro», de París, dedicó varios editoriales—la verdad del desastre de Santiago de Cuba, y merced a esta campaña—típico gesto almeriense—toda Europa conoció cuanto de noble y elevado había en aquella Escuadra que bajó a los abismos del mar la tarde del aciago 3 de Julio de 1898.

Para dar carácter de reacción vigorosa a su iniciativa de desagravio, Almería, representada en su Real Sociedad Económica de Amigos del País, convocó un Certamen Naval para premiar las memorias más valiosas que se presentaran, relativas a los candentes temas de la Marina. A este Certamen fueron invitadas la Reina Regente y la Infanta Isabel, y por Real Decreto de doña María Cristina, fué autorizada una representación de la Escuadra Española en el Certamen de Almería, como corroboró con sus cañonazos el acorazado «Victoria» al fondear en aguas de nuestro puerto. El 21 de Agosto de 1900, a bordo del «Cecilia», llegaba el ilustre Almirante don Pascual Cervera, invitado de honor a los actos del Certamen. Almería tributó al Almirante un recibimiento apoteósico. Por fin, el 25 de Agosto, tuvo lugar el Certamen. El acto—que se celebró en el antiguo Teatro Variedades—fué presidido por Cervera, el Alcalde de Almería, Presidente de la Sociedad de Amigos del País, y por don Joaquín López Pérez. Después de leerse los trabajos premiados, el Almirante pronunció un emocionado discurso, en el que agradeció a Almería, en nombre de la Marina Española y en el suyo propio, el gesto viril y patriótico que ratificó en la Escuadra un honor que hasta poco antes se le negaba. Finalmente, con los ojos arrasados en lágrimas, suplicó una oración por los mártires que descansaban en el fondo del Caney.

El Certamen Naval que celebró Almería, fué la base del Congreso que más tarde había de celebrar España.

ANTONIO M. CAMPOY ALÍAS

## El homenaje de Almería a la Marina Española

**P**ODRAN los incisos circunstanciales dar apariencias de que los pueblos se apartan de sus constantes históricas. No suele ser más que un accidente esporádico, causado siempre por exigencias imperiosas. Mas a la postre, vuelven de nuevo, apenas las oportunidades les deparan ocasiones propicias. Almería ha estado, en todo tiempo, de cara al mar, y su pasado lo integra una acción eficacísima, cualquiera que haya sido la permanencia dominadora o el asentamiento extraño que acabó por enraizarse etnográficamente, y ser, por lo tanto, una realidad ibérica más, en progenie y ascendencia hispana.

Almería, principal puerto del sur peninsular en edades pretéritas, fué centro de un intercambio marítimo con el Oriente y con África, como lo fuera en todo el mar ibérico, y en las legendarias tenebrosidades de los periplos de las Castérites. Nudo geográfico de piratería sarracena o costas donde se equiparon las acciones navales de Orán, Argel o Lepanto; puerto habilitado para el comercio con el Nuevo Mundo recién alumbrado al Cristianismo y a la Corona de España o lugar abandonado a sus propios medios evolutivos después de sus catástrofes sísmicas, y la expulsión y guerra de los mo-

riscos, Almería estuvo pendiente de sus vicisitudes maríneas; y, para defensa y servicio del mar, fueron las atalayas de sus almenas moras en la Alcazaba y el recinto amurallado, así como para preservarse luego de las incursiones berberiscas, se edificó su catedral-fortaleza y sus extensas costas quedaron provistas de castillos roqueros y de torres vigías. Célebres fueron las Atarazanas de que las dotara Almanzor, y renombradas también, las construcciones navales que los carpinteros de ribera han perpetuado hasta nuestros días, sin que nadie haya podido superar la maestría de nuestros calafates. Aún los viejos jardines muestran sus señoriales abetos, que estaban destinados a utilizarse como palos mayores de la evocadoras carabelas. Todavía, en algunos de nuestros apartados rincones marítimos, perdura esa línea de elegancia griega que nos legó la prolongada permanencia helenobizantina en nuestro litoral, y que en las pequeñas embarcaciones se han venido conservando secularmente.

Todo en Almería mira al mar y hacia el mar se proyecta. El mar nos abrió el tráfico en épocas de esplendor, cuando Alejandría era base de nuestro comercio y nexo de nuestra cultura; y el mar nos proporcionó medios de vida, cuando —modernamente—, sin protección alguna oficial por el desinterés político—, nuestros frutos y minerales se exportaban a Inglaterra, Estados americanos y Países bálticos, y el nombre de Almería era más conocido en el extranjero que en la propia España. Por el mar nos vinieron las inquietudes y los riesgos; las mercancías y las invasiones; y si los aceites y nuestros productos, embarcados en el golfo urcitano, servían para el condimento de las comidas romanas en las épocas de dominación de nuestra tierra, en los tiempos novísimos, las frutas almerienses constituyeron el postre codiciado en las mesas británicas y en los hoteles centro y norte-europeos.

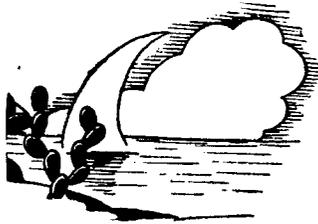
Por eso Almería, la ciudad marinera del sur con más entronque y más historia (puesto que en ella, a raíz de su primera conquista por Alfonso VII el Emperador, se iniciaron las primeras tentativas legales para establecer la libertad del tráfico en todo el Mediterráneo, que después Barcelona recogería en la codificación del Consulado del Mar, dándole preponderancia histórica), no podía faltar en este homenaje a la Marina Española, ya que respecto a ella fué, y seguirá siendo, su aspiración permanente y hacia cuanto redunde en su esplendor y contribuya a que sea puntal firmísimo de la independencia y de la soberanía patria.

La tradición marinera de Almería hubo de ser coronada hasta por la milagrosa aparición de la Virgen del Mar en sus playas, como si el misterio de las olas estuviera llamado a ser roto por el prodigio protector de la Madre del Verbo Humanado, en esta ciudad que no es sino la emergencia de una estribación en la plataforma de la ribera mediterránea del sur peninsular, formada por el abrazo de las aguas de sus rompientes serranas, sus torrenteras y sus ríos, en valles de relleno y en superficies ganadas, precisamente, al mar.

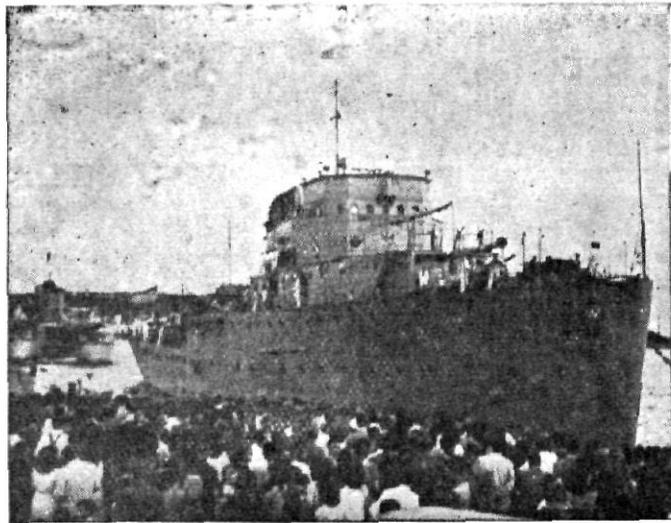
Como en 1900 exteriorizó su homenaje de admiración a la Marina Militar en la persona del Almirante Cervera, en 1948 lo hace en la del Almirante Estrada. Con el mismo espíritu de renovación afectiva y de enaltecedores anhelos por una España grande y libre, en la que su Marina de Guerra constituya la base potente de su grandeza y prestigio.

El homenaje a los marinos españoles es la renovación del mismo vitor entusiástico que le tributaran nuestros padres y perpetúa la emoción esperanzada con que los almerienses miraron en todo momento al mar, llenos de esa visión misional y aventurera que redundara en magnificencia para nuestra Patria. Que si Almería abre su seno—en lo dilatado de sus costas en golfo—, como para mejor estrechar las ondas mediterráneas, también eleva enhiesto el puntal de su cabo, como vértice del ángulo que comprende a España entera, y cuyo arco, partido en bisectriz para las dos mitades ideales nos señala el sepulcro de Santiago de nuestras ofrendas comunes, y hasta el lugar de la mente directriz del Prelado Gelmírez, como si el nacimiento de la España cristiana en las costas de Almería hubiera de tener su salvaguardia en esa proyección noroeste y que contrapesa al sureste de nuestras estribaciones penibéticas, para indicar que su acción, tanto señala al mundo viejo de las civilizaciones orientales, como al Occidente de las nuevas y universales hegemonías.

MANUEL SORIANO MARTÍN







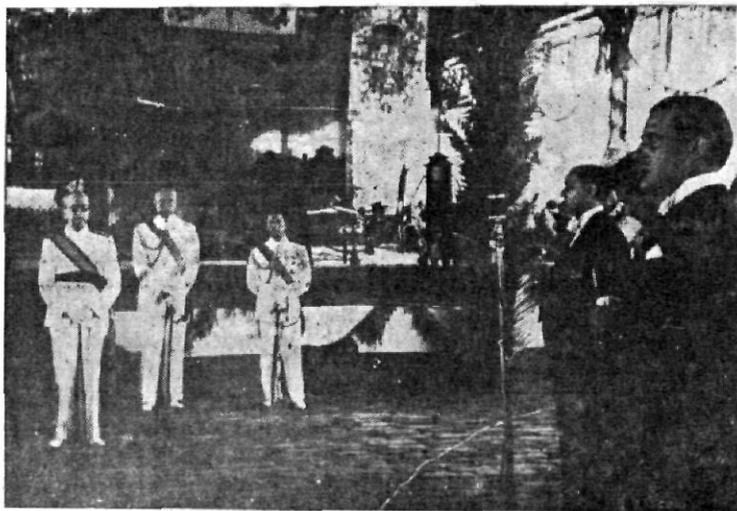
*A las once de la mañana del día 26 de agosto de 1948, tuvo lugar el cálido y fervoroso homenaje que la población almeriense rindió a la Marina de Guerra, para conmemorar el VII Centenario de su fundación.*

*En los alrededores del Andén de Costa de nuestro puerto, ante una multitud compacta, celebróse la santa Misa a la que asistieron dos compañías de Marina y una del Regimiento de Nápoles núm. 24. A la llegada del Capitán General se le rindieron los honores de ordenanzas y seguidamente el señor Estrada Arnaiz pasó revista a las fuerzas acompañado del Gobernador Militar.*

*La Misa fué oficiada por el Vicario General de la Diócesis, y presidida por el Capitán General del Departamento; Gobernador Militar; Gobernador Civil; Obispo de la Diócesis; Comandante de Marina; Ayuntamiento y Diputación Provincial en Corporación; Delegado de Hacienda; Coronel de la Zona de Reclutamiento; Jefes y Oficiales de la Escuadra; nutridas comisiones de Jefes y Oficiales de todos los Cuerpos, Centros y Dependencias Militares; Jerarquías del Movimiento y representaciones de organismos oficiales.*

*Terminada la Santa Misa, el Alcalde de la Ciudad hizo entrega con toda solemnidad de una placa conmemorativa del homenaje, como testimonio del reconocimiento y cariño que Almería profesa a la Marina Española.*





## Palabras del Sr. Alcalde

**E**XCMO. Señor, Excmos. e Illmos. señores, dotaciones de la Escuadra, pueblo de Almería.

En las fiestas nacionales conmemorativas del séptimo centenario de la creación de la gloriosa Marina de guerra española le ha correspondido a Almería el honor de ser, no sé si el único puerto del Mediterráneo, pero en todo caso el primero, de los en que se celebren actos que glorifiquen el engrandecimiento de España a su Escuadra siete veces centenaria.

Las gestiones realizadas a tal respecto las impulsó el sentir del pueblo almeriense y su tradición de amor y admiración a la Marina, que me bastó exponerlo así a su genuino representante el Excelentísimo Sr. Ministro, para que accediese inmediatamente a los deseos de los almerienses diciéndome que «todos los marinos de guerra española llevan a Almería en el corazón».

Y ello fué recordando el Congreso naval celebrado en nuestra ciudad en 1.900. Almería, que supo y sabe siempre lo que la Marina de guerra ha hecho por España, no se dejó sorprender por la campaña de unos politicastos para encubrir sus torpezas y fracasos, cuando no son complacencias

y traiciones y que no contentos con haber hecho perder a la Escuadra sus barcos y pedir a los marinos el sacrificio de sus vidas generosamente otorgado les pretendió arrebatar su honor para conservar un acta de diputado o una cartera ministerial. Hoy, con la perspectiva de 50 años intensos transcurridos desde los tristes días de Cavite y Santiago de Cuba, sabemos todos el fallo de la Historia sobre aquel capítulo de la vida española; pero entonces una opinión dirigida, llena de pasiones y odio intentó extender sobre su fracaso una nube de humo que lo encubriera, humo que no era el humo blanco del arrepentimiento y el dolor, sino el humo negro del encubrimiento de torpes sentimientos; no era el humo blanco que en loor de Dios se esparce aromando los templos, sino el humo negro de las logias masónicas; humo en fin que pretendió manchar unos uniformes simbólicamente azules como el mar y el cielo y simbólicamente blancos como la espuma de las olas y como las conciencias de los que tienen el honor de vestirlo.

Y en esta conmemoración no es preciso hacer un índice de siete siglos de gloria y sacrificios, porque su enumeración por ser tan prolija sólo aliviaría de su fatiga la memoria de las gestas que recuerdan y están en el ánimo de todos.

Sin embargo es preciso recordar una, por la repercusión y trascendencia histórica que tuvo al cambiar el rumbo de la vida de los pueblos. Me refiero a Lepanto cuyo hecho de armas evoca uno de los barcos aquí presentes. El 7 de octubre de 1571, los marinos de España salvan al mundo del dominio de una raza de Oriente que pretendía sojuzgar y esclavizar a todos los pueblos de Europa, ya que América era entonces un continente inexplorado e inambicionado. Son los hombres de España mandados por un capitán español quienes permiten la subsistencia de lo que luego vino a llamarse civilización occidental, pretendiendo con ello regatearnos nuestra aportación a la obra civi-

lizadora del mundo, pues al igual que lo que el mundo llama Ibero-américa o con mayor eufemismo latino-américa, no es más que Hispano-américa, negándonos la exclusiva aportación de nuestra raza en la obra grandiosa de la incorporación a la civilización de un continente, en el que pese a los nombres con los que se le quiera conocer por los demás, hablan el castellano y están incorporados por nosotros a la religión católica. Lo mismo nos escatiman con cicatería el ser vigías del mundo para evitar se hunda lo que llaman civilización occidental regateándonos su verdadero nombre de cultura española.

Si la civilización, la forma, la religión, España las salvó con las armas en Lepanto, con la dialéctica en Trento y con la barrera a la reforma en Europa. Si la civilización la constituye el amor a la patria, la libertad política, España se ha sacudido siempre el yugo de dominaciones extranjeras; si la civilización la integra la libertad individual, en España no ha podido prosperar jamás cualquier clase de tiranía; si la civilización es la familia, España es el único país del Occidente que mantiene vivo y fresco el vínculo familiar.

Nosotros la salvamos en Lepanto y la hemos salvado siempre y todavía le llaman civilización Occidental en vez de llamarle civilización española los que pactan con Rusia, que sólo ambicionan destruirla, los que establecen el divorcio para disolver la familia y los que obstruyen la labor persistente de la Iglesia en terminar de destruir la obra nefasta de la reforma.

Todo ello lo salvó la Armada española en Lepanto y todo ello lo volvió a salvar la Armada española con las fuerzas de tierra y aire al vencer en la guerra de liberación española, a la que en el extranjero han llamado también guerra civil para subestimar y restarle la importancia mundial que nuestro gesto de rebeldía tuvo y que ahora empieza a valorarse.

Lo mismo que en Lepanto, España volvió a sal-

var al mundo civilizado el 18 de julio: igual que entonces condujo la victoria un capitán español, ha sido ahora otro hombre legendario nacido en nuestro suelo quien indica al mundo el camino a seguir.

Fué el fagonazo de vuestros cañones el que llevaba la luz de la verdad, el ruido de vuestros disparos el que arrebató a la conciencia honrada del mundo, el sacrificio de vuestras vidas el que conmovió la holganza y el bienestar de los que no quisieron ver, no quisieron oír y no quisieron sentir.

Hoy como entonces España señala el camino y hoy vuelven a él cansados por los rodeos, los que no quisieron o no supieron ver la verdad de nuestra posición en el mundo.

Fuisteis el símbolo perfecto de España tanto al sufrir persecuciones por vuestra lealtad como al arriesgar vuestras vidas en el combate y demostrareis al mundo que el marino español lleva siete siglos sabiendo morir por la patria y cuando unos hombres se hunden entre llamas con un cantar en sus labios y el nombre de España en el corazón, se hunde solo la materialidad de unos hierros pero sobrevive para ejemplo y emulación de los demás su espíritu y su patriotismo.

El conjunto de esta gesta es lo que llevamos en el corazón y si he resaltado la batalla de Lepanto y vuestra actuación en la guerra de liberación española es porque ambas batallas, la primera en unas horas y la segunda en tres años, tiene una proyección mundial, en la que llevabais confiado a la pericia de vuestras inteligencias y a la valentía de vuestros corazones el futuro de la humanidad.

Y a este respecto la fortuna me proporcionó la ocasión de presenciar y vivir algunos de vuestros hechos de armas, pues aunque hice la guerra en una unidad de tierra, mi larga permanencia durante la misma en un puerto me proporcionó la ocasión única de vivir la epopeya del convoy de 5 de agosto de 1936, y el heroico sacrificio del «Dato» 48 horas después haciendo frente hasta su destruc-

ción total a poderosísimas unidades de la escuadra roja; presencié igualmente el combate fulminante y victorioso contra el «José Luis Diez», el posterior abordaje que con pericia y valor heroico le hizo el «Vulcano» y el rescate de aquella unidad luego de terminada la guerra. La orden dada a un torpedero para la captura del mercante «Monte Ilo» de que saliera y se sacrificara, orden recibida con la sonrisa en los labios y coronada por el éxito más eficiente. Recuerdo una tarde que operábamos junto a Estepona y que el «Cervera» puso fuera de combate cinco unidades rojas que hasta hace poco aparecían hundidas en aquellas playas malagueñas; podría referir mil episodios más, pero más impresionante que todo ello era el servicio diario de vigilancia prestado en el estrecho en las noches tenebrosas de viento, en que salían los barcos sin una luz a luchar con la oscuridad, la marejada y barcos rojos y esto hecho con una sonrisa amable y un aire deportivo como si nada se hiciera, y es que la Marina de guerra española se encuentra tan identificada con el servicio a España y el sacrificio por la Patria, que cumple su misión con la sencilla elegancia de quien ha tomado la abnegación como norte de su vida. Todo ello se rememora en este centenario como el resumen de una hoja de servicios inmaculada y a mí me llena de orgullo ser el portavoz del pueblo almeriense en este acto en que en resumen venimos a decirnos simplemente gracias.

La placa en que hemos querido testimoniar nuestro reconocimiento y perpetuar este momento, yo os ruego, Almirante, que la acepteis en nombre de Almería y en ella, aun siendo este acto el cumplimiento de una deuda de gratitud, tened la seguridad de que lleváis el corazón de Almería, del que sois dueño por vuestro heroísmo y merecimientos, y el que mi ciudad os entregó con su generosa hidalguía hace medio siglo.

**¡Viva la Marina de Guerra! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!**





# Palabras del Almirante Estrada

**M**E honro en recibir esta placa que el señor Alcalde en nombre del Excmo. Ayuntamiento y, por tanto, del pueblo de Almería, me entrega para la Armada. Esta placa representa mucho para nosotros los marinos, significa la ratificación de la

prueba del más leal afecto que pueblo otorgó en la vida del mundo a una Corporación militar en desgracia. El azar que suele manejar Tiempo y Destino en forma harto enigmática, han hecho en esta ocasión coincidir el VII centenario de la Marina de Castilla con el cincuentenario del hundimiento de nuestros buques en aquellas aguas de Santiago de Cuba y las más lejanas de Cavite, que la Marina de España alumbró con las naves de Cristóbal Colón y los Pinzones, y las de Magallanes y Elcano.

Hace medio siglo estaba, pues, en desgracia la Marina; el ¡Ay del vencido! caía sobre la Armada con todo su abrumador peso. Hasta que Almería, con entrañable afecto y firme voz, valiéndose de su Real Sociedad Económica del País, hacía llegar a todos los ámbitos de España, con viril y patriótica elocuencia, su adhesión a la Marina y la necesidad del resurgimiento de ésta. Y en un día como el de hoy, al comenzar el siglo, Almería en un certamen Nava!, único en su clase, aplaudió al heroico Almirante don Pascual Cervera después de sentar las bases de la reconstrucción marítima de España.

La Marina se honra hallarse aquí, en Almería, porque si en las aguas del Guadalquivir tuvo su cuna hace siete siglos cuando el Rey Santo conquistó Sevilla con ayuda de las naves que los puertos del norte aportaron, Almería hace medio siglo dió a nuestra caída Armada con fraternal cariño, el nuevo espaldarazo y puso su buena voluntad para que de nuevo nos armasen.

Gracias, señor Alcalde, por este homenaje. Gracias en nombre del Ministro de Marina, a quien tengo el honor de representar, por lo tanto en nombre de la Marina que vive, y gracias también en nombre de aquel Almirante y aquellos heroicos compañeros que lo siguieron ciegamente a la muerte para salvar el honor patrio, única cosa que podían defender seguros de la victoria.

¡Viva Almería!

¡Viva España!

TERMINÓSE DE IMPRIMIR  
ESTE FOLLETO EL DÍA VII  
DE OCTUBRE DEL AÑO  
MCMXLVIII, FESTIVIDAD  
DE NUESTRA SEÑORA DEL  
ROSARIO Y ANIVERSARIO  
DE LA BATALLA DE  
LEPANTO.

Ediciones de la Delegación Provincial de  
la Subsecretaría de Educación Popular

Tip. "La Independencia", Almería